

piz, me he determinado á venir en el momento á daros aviso por si quereis evitarlo.

—¿Y cuál es ese plan?

—Trátase nada menos que de escribir al príncipe que por cualquier motivo evite la salida de los refuerzos que van al Bravante; de escribir luego esta determinacion á la corte de Francia para que se apoderen las tropas francesas de aquellas provincias. Escitada así la animadversion pública circulando la voz de que todo esto es obra vuestra y que estais vendido á la corte de Luis XIV, promover un tumulto pidiendo á S. M. vuestro destierro por traidor á la España, en bien de la monarquía, y si la ocasion se proporciona haceros morir en medio del tumulto.

—Pero, señora, ¿qué pruebas me dais de que todo eso es cierto, y qué motivo teneis para hacer denuncia que comprometa la vida de vuestro padre, ó al menos su libertad?

—Ni la vida ni la libertad de mi padre corren peligro ninguno, supuesto que antes de declararos mi secreto, me habeis firmado un salvo-conducto, que vale muy bien el servicio que hago á la monarquía: yo quiero que concluyan esas tramas que dia á dia me hacen temblar por la vida de mi padre y por la tranquilidad del reino: este es el motivo de mi denuncia; en cuanto á las pruebas os será muy fácil adquirirlas: esta madrugada á las dos en punto de la mañana saldrá de la misma casa de mi padre el hombre que lleva consigo todas las pruebas; hacedle prender.

—¿Y cómo sabremos que es él entre los que salen de la casa de vuestro padre?

—Será el único que se retire á esa hora.

—Bien.

—Señor, solo encargo á vuestra discrecion el secreto;

VIII.

En que se continúa tratando del mismo asunto que en el anterior.

 ENOR—dijo D^a Inés—mi padre es uno de los mas ricos y mas celosos partidarios del príncipe D. Juan y por lo mismo mi casa ha sido elejida por los demás para celebrar sus juntas y dictar sus determinaciones. El principal obstáculo que se ha presentado hasta hoy á los partidarios del príncipe, ha sido el gran valimiento que teneis, señor, con S. M., y todos ellos están ciertos de que faltando vos podria venir el príncipe D. Juan y enseñorearse del Consejo y de la monarquía.

—Cuentan demasiado con la condescendencia de S. M. la reina, que en ningun caso llamaria al príncipe.

—Así será quizá; pero todos ellos han jurado la caida del valido, (perdonad, que así le llaman) y hace muchos dias que se proponen medios para conseguirlo.

—¿Y cuáles son ellos?

—Mil á cual mas absurdos y apenas podria recordarlos; pero todos ellos han sido desechados, hasta que en esta noche D. José de Mallades ha presentado uno de cuya ejecucion y eficacia responde, y al escucharlo, oculta tras un ta-

nadie debe saber que yo he sido la persona que ha hecho esta denuncia, ni la misma reina.

—Os respondo de ello, señora.

—Adios.

La dama volvió á cubrirse cuidadosamente y salió de la estancia.

Benavides la aguardaba.

—Conduce á esa señora hasta donde ella te diga, y vuelve á verme—le dijo el padre.

La puerta se cerró y el reverendo padre Nitardo volvió á quedar solo, y se puso á escribir violentamente.

Después de una media hora, volvió Benavides.

—Benavides—dijo el valido—llama á D. Fernando de Valenzuela.

Benavides con una actividad asombrosa volvió muy pronto trayendo consigo á D. Fernando.

—D. Fernando—dijo el padre tan luego como le vió—aun no se ha recojido D^a Eujenia?

—No, señor—contestó Valenzuela.

—Hazme la gracia, hijo mio, de preguntarle si le será posible entrar á la estancia de S. M.

—Sí, señor.

—Si así fuere, suplícale en mi nombre, diga á S. M. que tengo necesidad de verla en este momento para un negocio de suma importancia.

—Muy bien.

D. Fernando, sin esperar mas, salió precipitadamente.

—Benavides—dijo el padre.

—Señor.

—Tomarás contigo cuatro hombres de la guardia, los que á tí mejor te parezcan, lo oyes?

—Sí, señor.

—Aquí está la orden para el jefe. Con esos cuatro hombres te irás á apostar al frente de la casa en que vive el señor marqués de Rio-florido.

—Esta bien.

—A las dos de la mañana saldrá de allí un hombre, le aprehendes, y le llevas á las cárceles de la Inquisicion.

—Comprendo.

—He aquí un pliego que harás entregar al alcaide de las cárceles secretas del Santo Oficio: en el va la orden para que se registre escrupulosamente á ese hombre, y que te sean entregados cuantos papeles lleve consigo; cuando esos papeles sean en tu poder, inmediatamente cuida de traérmelos, y esté yo aquí, ó en la cámara de Su Majestad, allí me haces llamar y me los entregas en mi mano. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Procura que los hombres que lleves no conozcan á ese hombre que vas á aprehender, y si es posible, procura no conocerle tú mismo; hay secretos que son peligrosos para el que los descubre.

—Cumpliré fielmente.

—Así lo espero: si ese hombre se escapa, mañana mismo te hago dar garrote: anda.

Benavides hizo una reverencia y salió.

El padre Nitardo comenzó á pasearse con muestras de impaciencia.

Por fin, oyó á lo lejos el eco de unos pasos que se acercaban; el padre detuvo su paseo y se puso á escuchar. Llamaron á la puerta.

—Es D. Fernando?—esclamó—adelante.

—Señor—dijo D. Fernando—Su Majestad espera á V. E.

—Vamos—esclamó el padre—y tomando un bonete se cubrió la cabeza y salió de su despacho, que cerró dando dos vueltas á la llave.

Eran cerca de las dos de la mañana; sombría estaba aun la noche, y rumor ninguno venia á interrumpir el triste silencio de aquella hora.

La fachada de la casa del marqués de Rio-florido, daba sin embargo, algun indicio de vida. Se distinguia luz en una de las habitaciones del piso principal. Y si el sol hubiera lucido de repente se habria podido notar en una pequeña ventanilla que caia encima de la puerta principal á una mujer que miraba para la calle, y á los dos lados de aquella puerta dos grupos de hombres que esperaban inmóviles, apoyados en los muros de la casa.

En medio de aquel profundo silencio se oyó el ruido de un cerrojo que se corria en la puerta principal; se abrió un postigo y un hombre embozado hasta los ojos y con el sombrero calado hasta las cejas salió por allí.

Otro que le acompañaba volvió á cerrar, diciendo:

—Dios os guie.

Entonces hubiera podido verse á la mujer que estaba en la ventanilla estirar el cuello, procurando adivinar la escena que iba á tener lugar entre las sombras.

El embozado tomó á la derecha y comenzaba á caminar cuando de repente tres hombres se lanzaron sobre él y le sujetaron.

Hombre de resolucion y de poderosas fuerzas debia ser aquel, porque comenzó á luchar para desasirse de sus contrarios, y quizá lo hubiera conseguido, cuando á estos lle-

gó refuerzo, y otros dos hombres mas se unieron á los primeros asaltantes.

La operacion fué ya muy sencilla, y el embozado quedó prisionero, atado de piés y manos, y con una mordaza.

—Cubridle el rostro con la capa—dijo uno de los que habian hecho la prision—nadie sea osado verle?... ahora, cargad con él y seguidme.

La mujer de la ventanilla nada habia podido ver por la oscuridad, pero habia oido el rumor de la escena, y luego escuchó la orden que daba el que debia ser el jefe.

Luego las pisadas de aquellos hombres le indicaron que se alejaban ya con su presa: la mujer iba ya á retirarse, cuando una ronda desembocó precisamente por el mismo rumbo que llevaban.

A luz del farolillo de aquella ronda la mujer descubrió al hombre envuelto en su capa y conducido en hombros de los otros.

—Ténganse! á la justicia—gritó el que llevaba la ronda.

—Orden de Su Majestad—contestó el jefe del grupo mostrando un papel.

La mujer de la ventanilla vió al alcalde tomar el papel, acercarse al farol, quitarse humildemente el sombrero, besar la orden y devolviéndola al que se la habia presentado, tomar otro rumbo sin mas averiguacion.

Algunos minutos despues la calle habia vuelto á quedar oscura y silenciosa.

—Comienzo á vengarme—esclamó la mujer y cerró la ventana.

Cuando la luz del aposento iluminó su rostro, se pudo ver que aquella mujer era D^a Inés de Medina.

Estaba densamente pálida, pero brillaba en sus ojos una inemnsa alegría.

En el interior de aquella casa velaba al mismo tiempo otra persona: el marqués de Rio-florido.

Cuando D^a Inés cerraba la ventana, después de haber presenciado la escena de la ronda, el marqués se metía alegremente en el lecho, exclamando:

—Ah! reverendísimo padre Nitardo, en esta vez solo que el demonio mismo te avise podrás escapar: dentro de tres horas, ya todos nuestros trabajos estarán fuera de tu alcance. De vencer tiene el príncipe D. Juan, y yo de ser tengo también virey y capitán jeneral de la nueva España.

IX.

En donde se refiere cuán espedita y ejecutiva era la justicia de S. M. D^a María Ana de Austria cuando se trataba de su confesor.



El padre Nitardo llegó hasta la antecámara de la reina, en donde le esperaba ya D^a Eujenia para introducirle.

—D. Fernando—dijo el padre—será prudente que me aguardes aquí con tu esposa; quizá mientras hablo con S. M. llegue en demanda mia; Benavides, suplica á mi nombre á D^a Eujenia que me entre el aviso aunque hable yo con S. M. en ese momento, que cosa debe ser muy importante al real servicio.

—Cumpliré, señor—dijo Valenzuela.

El padre penetró en la cámara de la reina.

D^a María Ana de Austria le esperaba sentada en un sitial cerca de una mesa en la que leía un devocionario á la luz de dos bujías de cera.

La luz de aquellas bujías alumbraba apenas la real cámara y hacia resultar en la oscuridad del tapiz de las paredes y de los muebles los soberbios recamos de oro de las blasonadas colgaduras y sitaliales.